

## El cristal se ha roto

Pero eso no es lo raro, lo raro es que no se haya hecho añicos cuando el tío este me ha estampado contra la vidriera. No me sorprende, porque cuando inauguraron este local, el primer año, abrieron varias ventanas en la fachada y les pareció rentable gastarse un dinero extra en cristales de seguridad para no tener que cambiarlos cada vez que hubiera una trifulca, lo cual sucede con cierta frecuencia, imagino. Y no es una crítica, porque de no ser por el tío que tuvo la brillante idea, en este momento estaría en la acera con mi chaqueta de piel buena hecha jirones y con varios tajos de diseño tan nuevo como interesante en el rostro. Pero ahora se ha roto del todo, y lo sé porque tengo la cara estrujada contra la ventana. Lo que me pregunto es si será de esos cristales de seguridad que estallan en miles de bolitas o de los que se rompen en esquirlas. Las bolitas estarían bien; las esquirlas no tanto. La ventana cruje y, delante de mis ojos, van apareciendo unas grietas diminutas.

Bueno, ya vale con el cristal, ahora hay que quitarse a este tío de encima. No puedo esperar ayuda de los camareros o de la clientela, que ya le han visto machacar al «gorila» con el taco de billar, y en este momento no distingo afuera a ningún servicial agente de policía, aunque no tengo la menor intención de quedarme si aparece la pasma. Me temo que estamos él y yo. Muy bien, no necesito a nadie; no soy nuevo en absoluto. Eso sí, hubiera preferido que él estuviera bajo los efectos del PCP, porque habría sido más fácil

de manejar, pero este negocio va a requerir su gracia y su estilo, incluso su poquito de tacto.

El tío me aprieta la cara con más fuerza contra la vidriera. La gente que va por la calle se horroriza viendo mis facciones aplastadas contra el cristal, que vuelve a crujiir, razón por la cual las grietas se ensanchan otro milímetro. Él sigue dando gritos, parloteando como un demente con toda la fuerza de sus pulmones, con un volumen que prácticamente me impide oír a Boxcar Willie cantando *Dieciséis toneladas* en la gramola:

*You load sixteen tons and what do you get?  
Another day older, and deeper in debt.*

*(Cargas dieciséis toneladas, ¿y qué sacas?  
Un día más de deudas y uno menos de vida).*

¿No es la puta verdad?

Está rabioso porque no atravieso el vidrio de los cojones con la cabeza, que es lo que él quiere; por eso, para reunir fuerzas, se echa hacia atrás, momento que yo aprovecho para, sin darle tiempo a que me estelle, girar un poco a la derecha, retorcer el brazo para librarlo de su presa, con una mueca de dolor porque me está arrancando un mechón del cuero cabelludo, engancharle con el pie derecho por detrás de su rodilla izquierda y meterle con el codo en la nuca. Ahora soy yo quien le estrella la cara contra el cristal. El público de la calle se dispersa al verlo aterrizar en la acera. Paso por el agujero de puñales que ha dejado al atravesarlo. O sea, que eran esquirilas.

Cuando salió de los aseos ya iba como un poseso.

Antes me había pasado inadvertido. ¿Y por qué no? Yo no estaba trabajando, no tenía más obligaciones que concentrarme en el contenido de mi vaso, en el cigarrillo que llevaba en la boca, en la mesa de billar que tenía delante y en la chica que tenía al lado. Sobre todo en ella. ¡Una chica así, que atraía el interés de casi todos los presentes! ¿Quieres ser invisible? Ve por ahí con una chica como Evie, con esa melena pelirroja y ese cuerpo destinado a despertar admiración a tiempo completo, sin vacaciones ni fines de

semana. Y con esa sonrisa. Es de las que todos los tíos miran, aunque la mayoría no se atreva a acercársele. Peor para ellos; se pierden la mejor parte, la Evie audaz, divertida, aguda y realista. En resumen, una chica así de tu brazo te eclipsa como si fueras el típico gilipollas que ha tenido la suerte de encontrar un sitio privilegiado para contemplar la hermosa panorámica.

Así que en una noche fría como esta, en la que Evie lleva sus pantalones de cuero y su vieja camisa térmica muy ceñida y con la etiqueta de Jack Daniel's serigrafiada en la delantera; en la que se me pega al muslo y todos los tíos del bar quisieran estar en mi puesto; en una noche como esta, digo, ¿puede sorprender que no haya olido al tío desde que entró por la puerta?

Cualquier otra noche habría captado el aroma en el acto. No se me podía pasar por la sencilla razón de que huele como yo, sólo que distinto. Pero con el Early Times recorriéndome el gznate, las caladas de Lucky y Evie refrotándose contra mí, estaba en la gloria. Aún así no habría pasado mucho tiempo, por muy distraído que yo estuviera, sin que lo calara; lo que no necesariamente habría supuesto un altercado; habríamos intercambiado miradas, nos habríamos olfateado el culo como dos perros grandes, pero sin hacernos nada, y menos allí, con todo el mundo mirando. La jodienda esta no habría ocurrido. Pero el caso es que yo estaba alineando una tacada limpia que me iba a permitir vaciar la mesa, cuando el tío salió del retrete y se puso a hacer el loco.

Y no salió haciendo eses como un yonqui corriente y moliente que ha ido a chutarse al retrete; no, él salió como el Demonio de Tasmania: moviéndose hacia todos lados, haciendo aspavientos con los brazos, emprendiéndola a patadas con todo lo que se le ponía delante y haciendo saltar por los aires gente y mesas. Como un cencerro. Mientras se hacía el vacío a su alrededor, él continuaba balbuceando y echando espumarajos por la boca. El «gorila», un buen tío apodado «El máquina», se acercó para hacerle entrar en razón.

—Venga, hombre, calma. Tú, tranquilo. Has tomado una dosis de alguna porquería, pero ahora te echamos una mano. Ya vienen los del 911, que te van a llevar a urgencias para sacarte esa mierda del cuerpo. Tú, tranquilo.

Se movía lentamente, con los brazos abiertos, hablando con dulzura, pero lo mismo le habría dado decírselo a un perro rabioso. El tío se detuvo el instante imprescindible para saltar sobre «El máquina», moviendo el brazo como una cachiporra y con una rapidez impresionante. Por suerte, «El máquina» cayó de culo fuera de su alcance. El brazo del tío dio contra el respaldo doble de dos bancos pegados y se los cargó. Entonces, se puso otra vez a dar vueltas, pero la gente ya se había apartado y yo empezaba a interesarme. «El máquina» retrocedió, ya en pie, mascullando no sé qué sobre el *puto PCP*, agarró de la estantería uno de los tacos de la casa, torcidos y llenos de rajaduras, y fue a por el tío. A esas alturas, yo había percibido un tufillo inequívoco y sabía que la cosa no iba de PCP. Mejor habría sido para «El máquina». Entiéndase, no sabía de qué iba el pavo aquel, pero sí que no necesitaba PCP, porque en sí mismo era ya peligroso como un demonio.

«El máquina» esperó a que, en una de sus vueltas, le diera la espalda y le pegó con el taco en la cabeza. Se oyó un sonido convincente, pero antes de que «El máquina» tuviera tiempo de enorgullecerse de sí mismo o tal vez de plantearse enarbolar el taco para descargar un nuevo golpe, el tío se volvió, le arrebató el taco, tiró al «gorila» al suelo de una patada en las piernas y se puso a comprobar cuánto se tarda en destrozar un palo golpeando la cara de un ser humano. En ese momento comprendí que debía actuar. Y no porque «El máquina» sea amigo íntimo, que sólo lo conozco de saludarlo por su nombre al entrar, pero el Loco estaba descontrolado y montando una escena de las que no benefician el negocio. Si no intervengo yo, intervendría la policía y muy pronto la cosa se pondría muy fea. Nada llama más la atención que un grupo de policías pegándole tiros a un tío que no se desploma. Claro, tanto la policía como «El máquina» o la prensa se limitarían a achacárselo al PCP, pero otros se enterarían y querrían verificarlo, y yo no deseo a esa gente cerca, aquí abajo, en mi vecindario. Así que salté a la espalda del tío con la intención de derribarlo, hacerle una llave de adormecimiento y sacarlo a rastras, para luego contarle a la gente la bola de que yo me encargo porque lo conozco. Sacarlo antes de la llegada de los polis, llevarlo a un lugar discreto y deshacerme de él antes de que vuelva a montar otra escenita. Ése era el

plan, pero él se zafó de mí bajando los hombros, me levantó del suelo y me pegó contra la ventana. Cuando yo reboté del cristal en vez de atravesarlo como él esperaba, me agarró del pelo para estrellarme. Por fortuna, a pesar de que es fuerte y rápido, también es un pésimo luchador.

Teniéndolo ya en la acera, gestiono el asunto como había pensado hacerlo dentro. Con las rodillas en el centro de su espalda, le sujeto al asqueroso pavimento y le rodeo la tráquea con un brazo para cortarle el O<sub>2</sub> hasta dejarlo amodorrado. Monta todo un número de pataleo que me obliga a presionar bien fuerte para que no me tire como un caballo, pero una vez afianzado sobre él no pienso irme a ningún sitio. Cuando, ya dormido, comienza a portarse bien, me lo echo al hombro y hago una seña a una de las camareras que ha salido a la calle para ver cómo acaba la cosa.

—Párame un taxi, ¿quieres?

—La ambulancia ya viene hacia aquí.

—Déjala para «El máquina». A este, lo conozco y lo voy a llevar a su centro de rehabilitación, a ver si puedo sacarlo del lío.

—¿Y qué pasa con la policía? ¿Y con la ventana?

—Venga, mujer, te he sacado al tío del local, dame un puto respiro.

—Sí, bueno.

Hace señas a un taxi.

El taxista no parece muy contento de verme entrar con un sujeto goteando sangre, pero como advierte que yo no estoy de humor para debates, se limita a darme un trapo sucio para tapar la cara del Loco. Antes de arrancar, viene Evie corriendo, con mi tabaco y mi Zippo y me los pasa por la ventanilla.

—¿Quieres que vaya?

—No, estoy cubierto.

—¿Nos vemos en tu casa?

—Sí, dentro de media hora como mucho. ¿Estás bien?

—No empecemos.

—Es verdad, perdona esto.

—Vale, Joe. Desde luego, no se puede decir que no sepas distraer a una chica.

Dentro del taxi, el Loco empieza a volver en sí, por eso le aprieto el esófago antes de que se ponga a dar la lata. Le he dicho al conductor que nos lleve a un complejo de viviendas subvencionadas que hay en Baruch, justo debajo de la Houston. Son unas dos manzanas que yo considero zona segura porque nadie las reivindica, un sitio ideal como vertedero improvisado. Me las compongo para subir al Loco por la escalera de la cinta peatonal que conecta el Franklin D. Roosevelt con el East River Park. Son casi las dos de la madrugada de un martes. Los coches pasan zumbando por debajo, pero ya hace horas que apagaron las luces de la zona de juegos del parque. Mis pupilas penetran la oscuridad bastante bien. Hace demasiado frío para ver vagabundos acampados; no obstante, distingo lo que parecen dos yonquis en un banco al fondo del parque, pero están de cara al río. Me detengo al final de la escalera de cemento que baja hasta el parque.

El Loco sigue vivo y apestando a sangre, cosa que me da qué pensar. Cómo me gustaría recoger unas dos pintas y guardarlas en el frigo de casa para rellenar mi suministro, que mengua a toda velocidad; lo malo es que su sangre, lejos de sentarme bien, me pondría malísimo y acabaría matándome. Bien que lo sé por lo que olí en el Doc Holiday's: olor al Virus, el mismo que despido yo. No obstante, aún me atrevo a husmear otra vez. Coño, a ver si estoy equivocado y olí a otro Vampiro que andaba por allí y este tío está de verdad hasta las cejas de PCP. Inhalo. No, no hay suerte. Es un triste gilipollas como yo, pero hay algo hasta cierto punto distinto en su olor. Tal vez por lo que estaba tomando en los aseos. En todo caso, desde el momento en que le ha entrado en la corriente sanguínea, tiene que ser una mierda terrible que el Virus no es capaz de neutralizar. Ya me gustaría saber qué; estaría bien probar alguna vez algo que me distrajera. ¡Cristo!, pero esta noche he bebido casi un litro de bourbon y ni lo noto. El Loco se agita en mis brazos. Volvamos a lo que nos ocupa.

Procedo a romperle el cuello y a empujarle escaleras abajo hasta que aterriza. El cuello roto no le matará del todo como a las personas normales. Cuando le rompes el cuello a una persona normal, el bulbo raquídeo deja de comunicarse con el cuerpo y se paralizan todas las funciones mecánicas; por ejemplo, el ensan-

chamamiento de los pulmones para respirar y los latidos del corazón, pero el Virus reprograma el organismo, hiperoxigena la sangre y hace otras muchas cosas que ni siquiera conozco. El Loco no puede levantarse ni nada, pero tiene suficiente  $O_2$  en el cerebro para estar lúcido varios minutos. Probablemente lo pasará bien porque está colocado.

Me pongo un cigarrillo en la boca, lo enciendo y vuelvo sobre mis pasos por el puente. Tengo que caminar hasta la Avenida B para encontrar un taxi, pero todavía estoy a tiempo de llegar a casa pocos minutos después de lo que me había propuesto.

No es que vayamos a dormir.

Evie es camarera y está acostumbrada a irse a la cama de madrugada. Hasta cuando libra, le cuesta dormirse antes de que el sol asome por el horizonte. En cuanto a mí, tengo mis motivos para ser ave nocturna. Aún así, al día siguiente nos levantamos pronto, para nosotros claro, digamos antes del mediodía, porque Evie tiene una cita.

Cuando ella se zafa de las sábanas, cojo un cigarrillo.

—¿De qué va hoy?

—Los resultados de la carga viral.

—Ya.

Me siento en el borde la cama, fumando y observando a Evie a través de la puerta abierta del baño cómo se lava los dientes y escupe la pasta en el lavabo. Luego, vuelve al dormitorio.

—¿Tienes síntomas nuevos?

—No. Náuseas, vómitos, lo de siempre.

—Ya.

Se pone en cuclillas junto a una bolsa negra y grande que hay en el suelo, dándome la espalda. Lleva unas bragas y una camiseta sin manga de las más, bastante ajada. Le miro el culo mientras hurga en la bolsa.

—¿Cuánto bebiste anoche?

Continúa hurgando en la bolsa.

—Bastante menos que tú.

—Es distinto.

—Ya lo sé.

Encuentra un frasco y pesca una cápsula. Luego vuelve a buscar hasta que encuentra otro, y esta vez las cápsulas son dos. Se echa las tres a la boca y extiende la mano hacia mí, que le acerco el vaso de agua de la mesilla para que las trague.

—¿No deberías tomar el Kaletra con algo de comida?

Se enfunda los mismos pantalones de cuero que llevaba anoche.

—No tengo hambre.

—¿No tienes hambre ahora?

Cuando se quita la camiseta de hombre, me quedo mirándole las tetas blancas y pecosas hasta que se cubre con su camisa de Jack Daniel's.

—No tengo hambre y ya está.

—Pero ¿no tienes como cuando no tienes o como efecto secundario?

Delante del espejo interior de la puerta del armario, comienza a cepillarse el pelo.

—No tengo hambre como cuando me apetece una mierda comer, ¿vale?

—Claro que vale.

Me levanto y me cierro en el baño. La imagen que veo en el espejo no es buena. Me echo agua en la cara y tiro de la cadena innecesariamente. Abro la puerta, vuelvo a la cama y cojo otro pitillo del paquete que hay sobre la mesilla. Evie se ha recogido el pelo en una cola de caballo y se pone su enorme chaqueta negra de motera, toda cremalleras y broches. Enciende el cigarrillo.

—¿Vas bien abrigada?

Levanta una mano.

—Suficiente.

—Yo pregunto.

—Y yo te contesto. Ya sé que te preocupas y que me cuidas, y no creas que no lo valoro. Ya sé que no es normal en ti, pero me gustaría dejar de llevarte subido a la chepa.

Se acerca, se inclina y me da un beso. Luego coge la bolsa y sube las escaleras que conducen al piso de arriba.

—Es que quiero que te cuides, cielo.

La hemos liado. Se detiene en los escalones, deja caer la cabeza, resopla ruidosamente y se vuelve.



—Ya me cuido, Joe. Me cuido como yo quiero cuidarme, lo que significa que si me apetece tomar un par de copas arriesgándome a que me suba el azúcar, pues las tomo, y que si las medicinas me quitan el apetito, no pienso obligarme a comer. ¿Vale? ¿Te vale a ti? Porque si no, ya sabes lo que puedes hacer. No hay compromisos, Joe. ¿No es ese tu lema? Tú no estabas cuando cogí la enfermedad y no espero que estés cuando la enfermedad me mate. Si mientras tanto quieres involucrarte en mi vida, ya sabes, no tienes más que involucrarme en la tuya. Hasta entonces deja de dar el coñazo, que ya me lo da bastante mi madre. No lo necesito también de mi *novio*.

Sube pisando fuerte y da un portazo arriba, al salir.

Me desplomo en la cama, dando una calada profunda al cigarrillo, y, mientras dirijo el humo hacia el techo, sonrío. No puedo evitarlo, me encanta que me llame novio, pero sólo me lo llama cuando se cabrea.

Ya sé que es jodido provocar a tu chica, que tiene anticuerpos del sida, para que se mosquee, se le olvide que no sois una verdadera pareja y te llame novio, pero es que toda nuestra relación es bastante jodida. Empezando porque no hacemos el amor. Ella se atormenta y arrastra una enorme bola de culpa porque estoy con ella aunque no follemos. Yo lo comprendo, porque no hace falta ser una lumbrera para comprenderlo. Le aterroriza contagiarme. Condones, barreras de látex para la boca, todo le parece poca protección para que nuestra intimidad vaya más allá de los besuqueos, las mamadas o las mutuas masturbaciones ocasionales por encima o por debajo de la ropa. Es terrible no poder decirle que no hay en este mundo forma de que me contagie, ni ella ni nadie. No existe en este planeta un bicho capaz de hacer mella en mí, porque ya es tarde, porque estoy todo lo enfermo que se puede estar y mucho más. Una vez que el Virus ha montado la tienda en mi corriente sanguínea, me hace inhabitable para el resto. Cualquier virus corriente, germen o bacteria que se atreva sale de una patada en el culo.

Así que a mí lo de no hacer el amor no me importa. Bueno, sí, me importa una barbaridad. Sólo con verla vestirse esta mañana ya

me vuelvo medio loco. Sin embargo, lo aguanto porque no me queda más remedio, y no por su enfermedad, sino por la mía. Ignoro si el Virus se transmite sexualmente, pero no pienso arriesgarme, no tengo la menor intención de contagiar a Evie de un organismo que colonice su sangre y se la despoje de todos los componentes que le hacen feliz a él. Un bicho siempre hambriento que cuando se te acaba la sangre, te impulsa a salir de caza. Y cazas, ya lo creo que cazas, porque la alternativa es retorcerte de dolores y sentir que te arden los intestinos. En comparación, lo que le va a pasar a Evie dentro de pocos años es un juego de niños. Es lo que hay.

En cambio, si se infectara del Virus se curaría del sida, pero no me importa que desde ese momento fuera capaz de vivir todo lo que ella deseara, todo el tiempo que quisiera alimentar al Virus, ni tampoco que pudiéramos pasarlo juntos y follar como locos; y no me importa porque, aun así, es una cosa que no se le dice a la mujer que amas, es una elección que no se le plantea a las personas que quieres. Si eres un hombre de verdad, eliges tú por ellas.

Y ahora espero que no queden dudas de lo que soy. O por lo menos de lo que no soy.

Así que sí, la relación es jodida. Y no podría ser de otro modo porque reproduce cualquier otro aspecto de mi vida. Además, pregunto al lector, ¿es mejor la suya?

Evie no sabe nada de esto, ni idea de lo mío. Tres años saliendo juntos y aún guardo secretos con ella. Esa falta de conocimiento es lo que se diría un punto negro entre nosotros. No le reprocho su curiosidad, motivos no le faltan. Que por qué alquilo dos apartamentos, el de arriba, con un dormitorio, y este estudio de abajo; por qué he clavado la puerta del estudio al quicio y por qué he instalado un panel en la mitad inferior para arrancarlo de una patada en caso necesario; por qué escondo bajo una trampilla la escalerita de caracol que conduce desde el apartamento al estudio de abajo; y por qué, con todo el espacio de arriba, hago casi toda mi vida en mi salón del sótano, con las ventanas tapiadas. Estuvo dispuesta a aceptarlo cuando le dije que, a causa de mi trabajo, me había granjeado varios enemigos, pero le gustaría saber en qué

consiste el trabajo en cuestión. Sabe que soy una especie de tipo duro de esta zona, que cobra deudas y hace chapuzas de detective sin licencia, pero todo eso no justifica la seguridad de mi casa, el cuarto secreto, los muchos cerrojos, la alarma. ¿Qué hacer en mi lugar? No puedo hablarle de los van Helsing que hay por esos mundos, que se ponen cachondos con la gente como yo, esos me-tomentado narcisistas que me quieren rociar con agua bendita y clavar una estaca en el corazón. No porque el agua bendita haga efecto, pero la estaca ya es otra cosa. Coño, es que una estaca en el corazón mata a cualquiera; además no es necesaria, bastaría con unas balas. Pero a ver, ¿quién le explica todo esto? Al final, Evie no se ha creído la chorrada esa de los enemigos y se figura que es un asunto de drogas.

Y es que lo de las drogas tiene sentido, porque explicaría la seguridad, mi absoluta y total paranoia, el porqué no realizo ninguna clase de trabajo regular y el frigo pequeño, del tamaño de un minibar, cerrado con candado que guardo en el armario. Ahora está segura de que si mira dentro hallará toda una selección de fármacos exóticos de los que no se adquieren a la vuelta de la esquina, en una tienda normal y corriente de todo a cien. Sin embargo, aunque lo encontrara, mi alijo no se entiende si no eres de los míos: nada más que tres pintas de saludable sangre humana mezclada con los anticoagulantes necesarios para su conservación. Tres pintas, unas siete menos de las que me gusta tener a mano; sólo de pensarlo me pica todo.

Sí, las drogas estarían bien para convencer a Evie. ¿La sangre? Me apuesto lo que sea a que se quedaría alucinada.

Curiosamente, lo más difícil de explicar es lo más sencillo. ¿Por qué no salgo de día? Urticaria solar, una forma de alergia al sol que me produce una erupción por todo el cuerpo, la cual, a su vez, impide que la piel regule mi temperatura interna, pierda el conocimiento y me ocurran un montón de cosas, todas bastante jodidas. Evie se lo cree. ¿Por qué no? Lo ha visto en Internet. Además, no se aparta mucho de la verdad; de hecho, tengo alergia al sol, otra cosa es que si salgo y me llegan los rayos UVA me ataque una alergia de las que no se curan. No, a mí no. El Virus se volvería loco y el cuerpo por dentro y por fuera se me llenaría de tumores. Cáncer

de huesos, cáncer de estómago, cáncer de mandíbula, cáncer de cerebro, cáncer de próstata, cáncer de piel. Imaginen los cánceres que pueden salirme, hasta un puto cáncer en el ojo, y todos ellos emprenderían una carrera para ver cuál me mataba antes, lo que supondría no más de quince minutos, o menos, en un día muy soleado. Cuando todo hubiera seguido su curso, quedaría sólo una enorme mancha de células cancerosas, cuya biopsia daría un gigantesco tumor del tamaño de un hombre con no más de dos dientes sanos.

Nunca lo he visto, pero las historias que corren por ahí bastan para que no me arriesgue a palmarla por pasar un día en la playa. He ahí la razón de que esté todo el día en casa.

Mato el tiempo.

Me ducho, me afeito. Pongo el DVD y veo *Punto límite: cero*. Subo a curiosear y encuentro un poco de comida preparada del cubano que está aquí al lado. Escucho música e intento leer un libro, pero en realidad no hago más que pensar en las últimas tres pintas y en cómo conseguir más.

Uno de los motivos de que el Loco estuviera a punto de jugarla anoche es que llevo cuatro días sin tomar nada. Cuando todo va bien, me gusta tomar una pinta cada dos días, porque me mantiene despierto.

¿Cuatro días? No me extraña que esté de mal humor. Hoy necesito tomar una para no tirarme al cuello del primero que pase, en sentido figurado desde luego. Tal vez me calme con media.

También dedico mucho tiempo a pensar cómo le habrá ido a Evie en la consulta del médico, porque no ha llamado para decírmelo. No me extraña, después de irse como se fue. El caso es que tendré que pasarme por su trabajo para que me dé noticias, lo que me obliga a tomar una pinta entera para no tener los nervios de punta cuando la vea. No quiero más broncas con la única persona del mundo que da algo por mí.

Hacia las cuatro y media abro el armario. Giro el dial del cerrojo adelante y atrás, doy una vuelta y abro. Antes lo cerraba con llave, pero la perdí. Era pleno día y ni siquiera podía salir a la ferretería

a comprar una cizalla. Estuve mascullando mi desgracia hasta que encontré un martillo debajo de la pila y destrocé el cerrojo. Normal cuando tienes hambre. Las cosas más sencillas son las que se te escapan. Ahora utilizo un cerrojo con combinación y Dios no quiera que se me olvide alguna vez. Abro el frigo.

En estos casos, el hecho de abrirlo guarda un parecido con la costumbre que tiene el jugador de comprobar tres o cuatro veces su papeleta para cerciorarse de que ha apostado al caballo ganador y no a ese jamelgo que puede dejarle a dos velas. Yo sé lo que hay dentro, pero, ¿y si por casualidad hubiera metido algo sin darme cuenta?; ¿y si tuviera doce pintas extra escondidas al fondo o algo por el estilo?. Lo abro. Mala suerte. Caballo perdedor.

Saco una de las tres pintas, cojo el bisturí que guardo en el frigo para practicar un agujerito en el fondo del alijo y aplico los labios. Cuando lo aprieto, siento el chorrito de sangre fría en la boca. Tíbia es mejor, y caliente, digamos a unos 36,6°, mejor todavía, pero bien fría no está mal. Intento tomar un sorbito, pero ¿por qué me engaño? Echo atrás la cabeza, mantengo en alto la bolsa, le practico otro agujero arriba y se vacía de un golpe y me corre por la garganta. Luego la abro y limpio el interior a lametazos. ¡Qué bien me hace! Me siento revivir.

Al fin y al cabo me da la vida porque le proporciona algo que roer al Virus, algo fresco que lo aleja de aquellas partes de mi organismo encargadas de fabricar la sangre, que no le permite hurgar en las pequeñas factorías que hay dentro de mis huesos e interrumpir su labor, que mantiene al Virus feliz y saludable para que no se me suba al cerebro y empiece a desconectar interruptores aquí y allá buscando más sangre o lo que quiera que busque. Sí, me mantiene vivo, si a esto se le puede llamar vida.

Al acabar, tiro el alijo a una de las bolsas rojas para residuos médicos que guardo en el frigo. Sólo hay dos vacías que, de momento, dejo en su sitio.

¿Qué es lo bueno del invierno? Que el sol se pone pronto. Me encanta. Añádanse los días nublados y tendremos mis tres meses favoritos. Me pongo un jersey, me ato las botas, agarro la chaqueta y cojo las llaves y el dinero de encima de mi escritorio. Hojeo un estrecho

fajo de billetes, poco más de cien pavos, y me meto otro buen puñado en la punta del zapato, esto para los casos de urgencia. Con todo, no llega ni a la mitad de la renta del piso, de la que, por cierto, debo dos meses. No es la sangre lo único que escasea por aquí.

Según con quien trabaje, me pagan en dinero o en sangre, pero ahora hace tiempo que no recibo encargos. Puedo hacerme con un poco de sangre, una pinta aquí, otra allá, por mis propios medios, pero el dinero es más arriesgado. Dejo sin sentido a un tío, lo arrastro hasta un callejón, le dreno las venas y sé que saco una pinta o dos, pero ¿es lo mismo con la cartera? Los tíos que tienen pinta de llevar encima un buen fajo son los que menos te conviene atacar, porque son los que pueden hacer ruido después. No me apetece que vayan enseñándole al médico los agujeros que les han hecho en los brazos después de desplumarlos. Por otra parte, ¿qué sentido tiene robar a una persona si no piensas drenarla también? Demasiado riesgo sin sangre. Quiero decir que el dinero es el dinero, pero la sangre es la sangre.

En cuanto a un robo de los de verdad, ni pensarlo. ¿Entro a una tienda de licores y le apunto a un tío con una pistola? ¿Un allanamiento de morada? Todo eso deja un rastro físico y un perfil, lo que significa una ficha policial y un modus operandi en una base de datos informática. Muéstrate en el radar de la policía y te quedarás sin efectivo. Además, en las separaciones de cristal de los juicios no hay ventanas bloqueadas, ni tampoco sangre en la cola de la comida. En quince días has muerto de inanición o te han alcanzado los rayos del sol.

Yo necesito un trabajo de verdad, un negocio en el que me paguen bien en las dos categorías; algo más sustancioso que esos encargos de pacotilla que llevo un año haciendo. Un año desde que cabré a los tíos de la Coalición y ellos dejaron de encargarme las sobras. No me di cuenta de lo mucho que dependía de las migas de su mesa hasta que dejaron de caer. Y ahora las he perdido para siempre.

Por enésima vez pienso en llamarles. Llamar a Dexter Predo para reconocer que me equivoqué y decirle que de ahora en adelante acataré su línea de trabajo; lo pienso, sí, pero el teléfono sigue en su sitio.